

AC 01 175

Radio educativa para los alumnos de este curso de la Universidad Nacional de Educación Y también para los que quieren saber algo más, temas, orientaciones, charlas, comentarios, seminarios radiofónicos, todo esto es AccesoUNED, de 10 a 10 y media de la noche, hora peninsular, de lunes a viernes, programas interdisciplinarios e informativos, de 9 a 9 y media de la mañana, hora peninsular, en sábados alternos. Buenas noches, hoy último programa de este trimestre, volveremos después de las vacaciones de Semana Santa el martes 9 de abril. Vamos a tratar de la literatura española en el siglo XVII, siglo del barroco, con las profesoras Pilar Ruizva y María Paz Marsa Fajardo.

Primero ofreceremos una panorámica sociocultural general de este siglo y luego al final abordaremos la consideración de los movimientos poéticos. El siglo XVII, siglo del barroco, enlaza en algunos aspectos con el anterior, siglo XVI, siglo del renacimiento, y se extiende en algunas de sus manifestaciones durante los primeros años del siglo XVIII, siglo de la Ilustración. El siglo XVI termina con Felipe II, que había conservado los extensos dominios legados por su padre Carlos I, aunque a finales de siglo ya hay indicios de que el poderío del imperio hispánico ya no es como antes, empieza a mermar.

Tres Austrias ocupan el XVII, como sabemos por historia, Felipe III y Felipe IV, caracterizados por su indolencia, y luego Carlos II, caracterizado por su ineptitud. Estos reyes ponen los asuntos del estado en manos de válidos o favoritos, más interesados en satisfacer sus ambiciones personales que en gobernar. Mientras el lujo y la corrupción imperan en la corte, la nación sufre las consecuencias de la mala administración económica.

Hay un descontento popular general, y con la falta de autoridad de los gobiernos y de los monarcas, los tres Austrias que hemos mencionado se encuentran ante graves problemas políticos. Como hechos históricos destacados de este siglo, que reflejan la anterior situación, cabe mencionar una sublevación en Cataluña, la independencia de Portugal y de lo que hoy es Holanda en los Países Bajos, rebeliones en los reinos de Sicilia y Nápoles, etc. Y paralelamente a la decadencia española, Francia pasa a ocupar la supremacía, que antes había ocupado España, en el concierto de las naciones europeas.

El hombre del barroco, reflejando esta situación, posee una clara conciencia de crisis y de que existe un malestar social. Crisis que no sólo se da en España, sino que es además europea. Sólo algunos países como Francia, a partir de 1650, superarán esta crisis general, cuyos orígenes se encuentran ya en el final del Renacimiento.

La economía sufre una recesión. Así, en la agricultura, en manos de pocos señores, hay un empeoramiento de la situación de los campesinos. La población se estanca en su crecimiento o retrocede.

En el plano social hay fuertes tensiones entre burguesía y nobleza, que en Europa tienden a ser

superadas tímidamente por la burguesía. En el terreno político, en unos países el régimen señorial ha logrado triunfar, y en ellos la burguesía conserva su fuerza ascendente, siendo la monarquía absoluta su forma política. Tal ocurre en Francia y España.

En ellos, los estamentos privilegiados, nobles y clero, apoyan al poder monárquico, porque encuentran en la institución monárquica, a la vez, un pilar importante para conservar todos sus privilegios. Pero en otros países ya existen formas políticas distintas de la monarquía absoluta. Ese es el caso de Holanda, por ejemplo, con una primera república en un sentido moderno.

O también Inglaterra, en donde el parlamento adquiere supremacía sobre el poder del rey. En cuanto a la cultura, en plena edad moderna como estamos, esta está marcada en Europa por el relativismo y el realismo burgués, y por manifestaciones ideológicas y científicas que sientan las bases de esa modernidad. A ellos se oponen el poder y la iglesia, a veces decretando el cierre de las universidades, lo que no impide que se escriban y difundan obras de ciencia experimental como las de Galileo, Kepler o Newton.

Este es el siglo en el que se difunde también el pensamiento racionalista cartesiano. En España, la cultura viene marcada por la herencia de la contrarreforma religiosa, y en la línea de querer seguirse estableciendo la dicotomía entre orden natural y sobrenatural, en oposición a las labores intelectuales y científicas que pudieran implicar un atisno de modernidad impulsada por la burguesía, lo que se vería como algo laico. En España, y cerrado el contacto con la investigación científica y con la filosofía racionalista europea, se hace preferentemente y sobre todo teología.

El racionalismo europeo tendrá su crisis, pero en España esa crisis no existe, porque ese racionalismo europeo ni siquiera llegó aquí. Sin embargo, se da a nuestro país un prodigioso esplendor artístico y literario, lo que no es paradójico, puesto que, al no invertirse la creatividad en empresas científicas o de pensamiento, se concentra esa creatividad en lo estético. La riqueza no se invierte en crear ciencias positivas, industria o comercio, sino que se gasta en ornamentación y obras artísticas, lo que es una ventaja para el arte y la literatura que se potencia.

Relativismo y racionalismo son dos corrientes que influyen en el desarrollo de la cultura. Estas corrientes en nuestro país no penetran con la misma fuerza que tienen en Europa, pues la Inquisición las considera laicas y materialistas, y por lo tanto no se pueden ni siquiera manifestar. Como hemos dicho, en España se hace preferentemente teología.

Hay entonces un marco de represión ideológica y de la investigación científica, lo que no impide, como hemos señalado, el esplendor literario y artístico. Se crea arte. Se financia a ciertos escritores, especialmente si son más o menos conformistas con el régimen o si hacen propaganda de él en sus obras.

Pero no hay investigación científica. Bien, después de esta introducción, preguntamos ya a la profesora Pilar Ruizva, ¿qué quiere decir la palabra barroco? La palabra barroco procede

seguramente de un silogismo escolástico medieval, etc., filosofía escolástica medieval, que constituye un prototipo de formalismo absurdo, de razonamiento absurdo. Y tal vez también de ese adjetivo portugués barroca, que designa a un tipo de perla irregular, que también existe en castellano para designar simplemente las rocas de forma irregular, se llama berrueco.

Bueno, los franceses lo integran, esta palabra, en el siglo XVII, barroque, para designar a esa arquitectura extravagante que tiene esa fantasía que se distancia de los cánones clásicos del Renacimiento y tal. En el XVIII se considera barroco el estilo que contravenía las normas clásicas y solamente relativo a artes plásticas y con una connotación peyorativa. Ya en el siglo XX se considera que es un sistema coherente, simplemente opuesto al renacentista, y hay autores como el español Eugenio Dors, que considera que el barroco es una constante cultural que alterna el péndulo con lo clásico, es decir, que justifican, por ejemplo, el barroco o el romanticismo como la parte pendular opuesta al renacimiento o a la época clásica, etc.

Pero ya, por último, digamos que la teoría que nos merece más crédito, de José Antonio Maravall, considera el barroco como una estructura cultural correspondiente a estructuras históricas sociales y limitada simplemente al siglo XVI y XVII, lo que es el siglo de oro. Entonces caracteriza unos estilos artísticos y literarios y esto es todo. Se distancia de esa interpretación pendular en la historia, es decir, alternativa, época clásica, época barroca.

Esto parece que está en descrédito en este momento. El barroco surge tras la crisis del renacimiento con que culmina el siglo XVI. En lo relativo a la población, esta crisis se manifiesta en España desde finales del XVI hasta mediados del XVII, en que se pierde un cuarto de la población absoluta.

Con Carlos I en España había unos 10 millones de habitantes y a finales del XVII habrá sólo 6 millones. Las causas son fundamentalmente la guerra de los 30 años, las pestes y la miseria consecuencia de esta guerra y la emigración a América. Económicamente decaen el comercio y la agricultura, esta última por el duro golpe sufrido por la expulsión de los moriscos, los mejores agricultores que teníamos.

El 95% de las tierras, además, pertenecen a nobleza y clero, con poco interés en sacarles un rendimiento. Los campesinos, por ser aparceros, están sometidos al pago de fuertes contribuciones rurales, con lo que muchos emigran a las ciudades ante la dureza de la vida en el campo, en las cuales aumenta incesantemente el número de parados y, por tanto, de mendigos y de pícaros, con lo que hay mucha delincuencia y las cárceles están llenas. La injusta distribución de la riqueza está entonces también en la base del descenso global de la población y del descenso de la población activa.

En España las tensiones sociales son mucho más graves, por lo tanto, que en el resto de Europa. En Europa se potencia la expansión de la burguesía, pero en España se frena por parte de nobleza y clero para que estos últimos refuercen así su poder económico-social. Los estamentos privilegiados tienen un escaso espíritu de empresa.

Están carentes por su sentimiento señorial del espíritu de iniciativa propio de la burguesía y su dinero no lo invierten, sino que se lo gastan todo en cuestiones untuarias, indumentaria, mobiliario, mansiones lujosas, etc. En contraste con la miseria de la masa de la población, con el hambre que pasa, según nos cuenta Quevedo, la nobleza y el clero se limitan a acumular riquezas o a gastarlas en bienes untuarios, pero nunca a invertirlos. Por eso hay un sentimiento de inestabilidad, una honda preocupación de descontento en la gente y decrecimiento del malestar social que los estamentos privilegiados frenan y reprimen con la ayuda del ejército y de la Inquisición.

Todo lo que parece peligroso para el mantenimiento de sus privilegios es reprimido y no es de extrañar que se dé, en estas circunstancias, el fracaso del mito del imperio, del gran imperio español. Es en estos momentos cuando ofenece el mito del imperio. El oro que llega de América va a pagar nuestras deudas financieras con los banqueros europeos.

Todo lo que se ve es pura apariencias, ya no existe el gran comercio de la época del imperio, ni siquiera hay industria. ¿La estética barroca, Pilar, es un arte de masas? La estética barroca es muy curiosa. Vamos a ver, esa ansia de magnificencia exterior, de lujo, de ostentación, se inspira en la actitud conformista.

Hay varias actitudes. Hay una actitud de protesta que sostiene algunos escritores, algunos artistas y hay otra actitud que es conformista. Esta se inspira en la actitud conformista y es un signo distintivo de los valores impuestos por la reacción señorial.

Las claves privilegiadas piden formas que plasmen sus ideales, la autoridad, la grandeza, el honor o que progrese su fuerza, de esa arquitectura esplendorosa de palacios y templos que manifiesta fuerza, que manifiesta poder económico. Por otra parte, ante la inquietud de la población, es preciso desviar el malestar y distraer a la gente. De ahí un arte de persuasión que ensalza y justifica los valores dominantes.

Es una propaganda del régimen que está en el poder y ello se hace sobre todo por medio del teatro. El barroco es la expresión de un sentimiento de desencanto, sentimiento que refleja la crisis del idealismo renacentista. La gran confianza en el hombre que había en el renacimiento, su optimismo ante la vida y su entusiasmo por la naturaleza y la creencia en la posibilidad de una organización armónica del mundo, lo que se relaciona con las ilusiones imperiales, con las ilusiones de la expansión imperial de España, acaban con el barroco.

En la base de este desencanto que nos trae el barroco está el progresivo hundimiento del país. Desencanto que simboliza una radical desvalorización del mundo y de la vida humana. El mundo carece de valor.

Ya no es ese cosmos ordenado y maravilloso, sino el caos, laberinto por el que deambula el hombre. La vida es pura contradicción y lucha. Quevedo refleja muy bien la lucha del hombre consigo mismo y con los demás que se produce cuando se vive en la miseria y hay que disputarse la supervivencia.

El pícaro refleja bien esta situación. Es alguien que se defiende y lucha contra los demás hombres. La vida es breve, algo fugitivo y así aparece como obsesión temática en la literatura y la pintura esta fugacidad de la vida.

Hay una obsesión por el deterioro del tiempo, por las ruinas. La vida carece de consistencia. Refleja el divorcio entre la apariencia y la realidad.

El mundo es un gran teatro, de hecho es uno de los temas de nuestro teatro, el teatro del mundo. Hay un pesimismo enorme en torno a la posibilidad de apresar la vida, es decir, la fugacidad de los instantes, la fugacidad del placer, que es un retorno a lo religioso, por otra parte. La vida es ir muriendo, la vida es un extraño vacío que la muerte ocupa.

Somos nosotros mismos, nuestra muerte, dice Quevedo. Lo curioso de estos temas, que no son en sí originales, es el tratamiento radical, el tratamiento apasionado, el tratamiento pesimista que recibe en el barroco. El barroco, como producto de la crisis del siglo XVII, refleja a su vez las crisis económicas, sociales y políticas de este siglo.

El escritor traduce con su actitud ante el hecho literario el malestar general de la época. Eso no quiere decir que todas las obras literarias sean algo así como un testimonio directo, un documental de la inestabilidad, de la inquietud, de la amenaza en que se vive. No tiene ese valor testimonial exactamente.

Serán diversas actitudes. Bien sea de protesta, en la sátira, la novela picaresca, etc. O bien de angustia vital, como Quevedo, que es una búsqueda de sí mismo, una búsqueda de la identidad dentro de la sociedad.

Y por otra parte hay una búsqueda de consuelo por la vida religiosa, también hay una intensidad religiosa, una supeditación a la iglesia. O hay una evasión en la estética pura, como Góngora, por ejemplo. O divertimentos dramáticos, hay todas las comedias, la multiplicidad de tipos de comedias.

O bien se da el conformismo de ciertas escritoras que se dedican a hacer las luas del sistema. O a exponer una filosofía del conformismo, como por ejemplo una persona tan sensata como García. Es un conformista radical.

Vamos a hablar ahora con María Paz Marsa Fajardo de algunos aspectos de la lengua literaria en el barroco. Los cultivadores de la lengua en el siglo XVII poseen plena conciencia del valor y desarrollo adquirido hasta ese momento por la lengua castellana, plenamente independizado del latín, por encima incluso para ellos, de las restantes lenguas europeas. Se establecen en esta época los primeros estudios sistemáticos de la descripción de las transformaciones vocálicas del latín al castellano, por ejemplo.

Un canónigo de Córdoba, Alderete, muy amigo de Góngora, que esto es interesante, explicó en su obra del origen y principio de la lengua castellana la transformación de la e latina en el dictongo castellano, con palabras como ciego, cielo y ciento, o el cambio de la o latina en el

dictongo castellano, con palabras como bueno, cuento, puente, etc. Estas transformaciones, que él describe mucho más ampliamente, por supuesto, serían recogidas como leyes históricas por los historiadores de la lengua, los primeros científicos en el siglo XIX. En lo que se refiere a la poesía, las diversas tendencias poéticas de la época pretenden lograr una poesía nacional, inspirada en la poética clásica.

Quieren lograr un lenguaje distante del de uso general con el fin de ennoblecer el castellano. La invención se hace imprescindible para los que pretenden el desarrollo artístico consciente de la lengua, la invención retórica. Las nuevas aspiraciones estaban plenamente fundadas en la convicción de las posibilidades expresivas del castellano, al que consideraban capaz de competir, ya lo hemos dicho antes, con las restantes lenguas europeas, incluso por encima de ellas.

Para demostrarlo, procuraban lograr con el entendimiento modos nuevos y llenos de hermosura. Con el barroco estamos entonces en una situación creativa en la que se pretenden inventar nuevos modos. Se cuestionan los usos vigentes y surgen diversas polémicas cuyos mayores exponentes básicamente se encuentran en tres doctrinas principales.

El culteranismo, en donde destaca la figura de Luis de Góngora, el conceptismo, con Quevedo y Gracián, y una tercera corriente que apoya la poesía española tradicional. ¿Qué podemos decir del culteranismo? La poética cultista de Góngora introduce con frecuencia los usos poéticos latinos. Pretende alcanzar la máxima expresividad poética mediante el empleo de farragosas y fantásticas hipérboles, adobadas con la dificultad del hiperbatón y enturbiadas por los frecuentes neologismos latinos.

El orgulloso Góngora manifestó su aristocrático sentimiento de superioridad en el conocimiento lingüístico, dirigiendo a sus oponentes las siguientes palabras. Siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua, a costa de mi trabajo, haya llegado a la perfección y alteza de la latina. El mismo orgullo mostraba a quienes le acusaban de oscurantismo lingüístico.

De más que honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes, que esa es la distinción de los hombres doctos. Hablar de manera que a ellos, los ignorantes, les parezca griego, pues no sean de dar piedras preciosas a los animales de cerda. Estas palabras, ofensivas para algunos, revelan sin embargo una clara madurez de la conciencia poética y lingüística.

Era una intención superadora. Había que hacer desaparecer, a cualquier precio, la mancha de lengua corrompida que pesaba sobre la lengua castellana. Era, pues, imprescindible mostrarla en todo su fulgor expresivo.

Sin duda estas ideas culteranas tenían sus detractores. Para algunos humanistas, las ideas cultistas se aproximaban a la aberración. Así lo demuestran las siguientes palabras de Francisco Cascales, humanista murciano rebatiendo a Góngora.

La lengua latina tiene su dialecto y propio lenguaje, y la castellana el suyo, en que no

convienen. Siendo pues cierto que la lengua latina y castellana corren diferentes caminos, quererlas, don Luis, llevar por una misma madre, es violentar a la naturaleza y engendrar monstruosidades. Lo cierto es que hubo una ácida polémica en la que los contencantes se zarandeaban sin piedad literaria en sus escritos.

El conceptismo es la segunda corriente importante del barroco, desarrollándose paralelamente al culteranismo y apelando al ingenio para manifestar, a través del lenguaje, las sutilezas del entendimiento. La complicación conceptual se obtenía por procedimientos parecidos a los cultistas, juegos de conceptos, ideas, palabras, verdadera alquimia de la palabra a base de paralelismos, usos metafóricos, antítesis, paranomasia, artificios sintácticos como el seuma, etc. Pretendía conciliar la concisión esquemática, que pueda rutinar conceptos muy dispares, con el humor profundo cargado de ironía, y a veces caía en el chiste burdo y procaso.

El máximo representante del conceptismo es Quevedo. En su extensa obra, sobre todo en sus escritos satíricos, no deja de fustigar con sorna a Góngora. Así, por ejemplo, en la aguja de navegar cultos, escrito en el que mezcla prosa y verso, dice así.

Quien quisiere ser Góngora en un día, lajería prenderá a Gonza siguiente. Fulgores, arrogar, joven, presiente, cantor, construye, métrica, armonía. Y otros, como los que siguen.

Use mucho de líquido y de errante, su poco de nocturno y de caverna. Y también termina este pequeño poemilla, diciendo. Que ya toda Castilla, con sola esta cartilla, se abrasa de poetas babilones, escribiendo sonetos, confusiones.

Y termina toda esta digresión contra el cultismo, haciendo un ejemplo hermafrodito que llama él, un romance latín. También entró López en la polémica, aduciendo que los modelos literarios no debían confeccionarse a costa de la pureza de la lengua castellana. Y entre las idas y venidas de la polémica, tenemos, como muestra, ofrecemos este soneto de Luis de Góngora, en el que responde a López de Vega, un soneto satírico que tiene bastante de conceptismo.

Después que Apolo tus coplones vido, salidos por la boca de un pipote, insolente poeta tagarote en su delfico trono lo ha sentido. La satírica Clio se ha corrido en ver que la frecuente un necio zote, y de que tantas leguas en un trote la hayas hecho correr, crueldad ha sido. Deja las damas, deja Apolo y Tente, pide perdón al pueblo que enojaste, que aunque corrido el cortesano bando, no corras tanto, corredor valiente, que si un sombrero por correr ganaste, mira no ganes un jubón trotando.

La última corriente poética del barroco español es la que se apoya en la tradición. Una tercera corriente apoyaba la poesía española tradicional, aduciendo que el endecasílabo italiano no cuadraba al ritmo de la lengua castellana, defendían en cambio las cuartetas y los romances como forma de expresión poética genuina. Y colocaban los refranes a la altura de pequeños evangelios de la imagen histórica lingüística nacional, les otorgaban la condición de sabiduría popular acuñada.

A esta tendencia pertenece la recopilación de Gonzalo Correas titulada Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas de la lengua castellana. También esta corriente apela, digamos, al romancero. Hay que decir que Quevedo y Gracián, ambos conceptistas, acuden a los refranes, pero hacen menosprecio de ellos.

O sea, si ven en la brevedad de las sentencias un rasgo característico de la concisión del castellano, pero no les gusta lo que tienen, diríamos, de vulgar. Incluso hubo autores en esta época que reprocharon a Cervantes el que abusaba de los refranes con su personaje Sancho Panza. Bueno, hay que decir que desde los juegos poéticos latinizantes de Góngora a los vulgarizantes de Quevedo media un profundo conocimiento del uso de la lengua.

Paralelo a un estudio de la misma y a un serio deseo de enaltecerla y producido por una conciencia histórica general de los representantes de la producción literaria que es base de toda su programación poética. Gracias María Paz Marsá y antes Pilar Ruiz Bá. Hemos acabado por hoy y por este trimestre.

Felices vacaciones y hasta el 9 de abril en que volveremos a estar con todos vosotros. Buenas noches. Llegó al final.

Acceso UNED. Hasta aquí ha llegado hoy nuestra programación que como todos los jueves se centró en temas de educación. Nada más sólo deciros que mañana viernes comienzan ya las vacaciones de Semana Santa.

Un tiempo para el descanso y para otras cosas pero nosotros volveremos de nuevo con los programas de la UNED a partir del martes 9 de abril. Hasta entonces y que paséis unas buenas vacaciones. Un saludo.